

« francesas, por supuesto sin combatir, debían dirigirse á los
 « Estados Unidos á esperar órdenes. Juárez, además, debió
 « escoger media docena de generales mexicanos, darles la mi-
 « tad de sus sueldos y encomendarles que asistiesen como tes-
 « tigos á la gran guerra de los Estados Unidos. Debió también
 « hacer que se engancharan en dicha guerra voluntariamente
 « y con el grado que pudiesen obtener en el ejército de los Esta-
 « dos Unidos, aun cuando fuera como sargentos, los oficiales li-
 « berales mexicanos sin colocación posible. Y si no era posible
 « como sargentos, como soldados rasos.

« Juárez, después de ocupar á Piedras Negras, durante el
 « mayor tiempo posible y de recoger las pingües rentas de
 « las aduanas de Matamoros y de Piedras Negras DEBIÓ PAR-
 « TIR PARA LOS ESTADOS UNIDOS, dejando organizada en Méxi-
 « co una resistencia lo más débil posible pero constante, por
 « medio de guerrillas mandadas no por bandidos, sino por
 « oficiales resueltos, sujetos clandestinamente á las órdenes
 « de un jefe de zona, hasta donde se pudiera incógnito, que
 « las dirigiese. Estos jefes de absoluta confianza debían estar
 « prevenidos y guardar el mayor secreto de que la salida de
 « Juárez del país era temporal y que duraría mientras los
 « franceses se retiraban ó disminuían sus fuerzas, al ver que
 « el imperio no tenía enemigos importantes que combatir.»

Después de lo anterior dice Bulnes, que si á principios de 1864 el Sr. Juárez se fuga del país y desde el otro lado del Bravo se ocupa nada más en vigilar la buena administración de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, y hace desaparecer toda forma de una resistencia seria, apareciendo México casi totalmente pacificado y sobre todo sin el gobierno de Juárez que daba un carácter muy serio á esa resistencia, hubieran cambiado las estipulaciones del tratado de Miramar, que se firmó el 10 de Abril de 1865, Napoleón no conviene en dejar gran parte del ejército francés hasta 1867, y la retira para satisfacer á la opinión pública en Francia y acallar la oposición tan vigorosa en el Cuerpo Legislativo.

Y á continuación de estos considerandos el Sr. Bulnes termina su capítulo diciendo:

"No era preciso ni convenía que Juárez esperara para
 « abrir de nuevo la campaña con los recursos peculiares que

" hubiera acumulado y que tuvo tiempo y modo de colocar
 " en los Estados Unidos, á que se retiraran todas las fuerzas
 " francesas; el momento hubiera sido oportuno desde que la
 " reducción del ejército francés hubiera sido poco más ó me-
 " nos á la mitad, lo que debió haber tenido lugar desde prin-
 " cipios de 1865, si Juárez no se empeña con su inquebranta-
 " ble firmeza en no dejar salir á los franceses de México. La
 " firmeza de Juárez no servía para derrotar á los franceses,
 " sino para que no se fueran y dar tiempo á que sucumbiese el
 " grupo heroico de republicanos que se defendían con deses-
 " peración..... "

Si no conociera yo las costumbres del Sr. Bulnes tan correctas; si no supiera yo que este Señor no tiene vicios y que vive con la rectitud de un puritano, al leer los párrafos de su libro que acabo de copiar no podría menos de preguntarme:

—¿Qué, al escribir tanto disparate no habría comido fuerte el Sr. Bulnes?

Porque sólo un cerebro trastornado por el Sauterne y el Champagne puede discurrir tantas y tan estupendas barbaridades.

Porque ni en un manicomio, entre alienados constituidos en Estado Mayor facultativo, se hubiera formulado un plan de campaña, como el del Sr. Bulnes, tan risible y hasta trunco, como voy á demostrar.

Ese plan de Bulnes que, según este Señor, debió seguir Juárez y no siguió, lo que constituye el cargo, tiene dos partes; la primera comprende el período de preparación; la segunda..... nada contiene; olvidó el Sr. Bulnes decirnos cómo y con qué elementos abría en tiempo oportuno el Sr. Juárez la campaña, como olvidó el Sr. Bulnes poner una escalera al piso alto de su casa.

Vamos á analizar el período de preparación de la campaña.

1º—El Sr. Juárez debió, el 31 de Mayo de 1863, al saber el avance de los franceses, salir de la Capital, reunir 6,000 hombres volar á Monterrey, destronar á Vidaurri (*no al cacicazgo*, como dice Bulnes), correr á Piedras Negras y Mata-

moros y plantarse en uno de estos puntos para recoger los productos de ambas aduanas.

2.º—Los Gobernadores de los Estados, por orden del Sr. Juárez, debían abandonar sus puestos, se entiende que sin combatir, luego que los arrojasen de allí los franceses; pero antes debían saquear á sus Estados para reunir la mayor cantidad posible de dinero y situarlo en los Estados Unidos, esconder en las sierras y bosques de las tierras calientes el armamento y largarse después á los Estados Unidos á esperar nuevas órdenes.

3.º—El Sr. Juárez debió escoger seis generales, media docena exactamente, y mandarlos á estudiar el arte militar en la gran guerra de los Estados Unidos; y también debió mandar á los oficiales liberales á que se engancharan de sargentos ó soldados rasos en el ejército del gobierno de los Estados Unidos. A los seis generales el Sr. Bulnes les asigna medio sueldo: á los Gobernadores y á los oficiales el Sr. Bulnes los pone á ración de hambre; porque los oficiales iban á tener sueldo de soldados, y los Gobernadores, supone Bulnes, muy conocedor de estas cosas, que iban ricos.

4.º—El Sr. Juárez, después de reunir mucho dinero de las aduanas de Piedras Negras y Matamoros, debió, dice Bulnes, irse también á los Estados Unidos, situarse al otro lado del río Bravo para seguir cuidando dichas aduanas, y todo el dinero que hubiera recaudado antes, situarlo también en los Estados Unidos.

5.º—Debió el Sr. Juárez, por último, dejar en México algunas guerrillas mandadas, no por bandidos, sino por oficiales decentes que hicieran una *resistencia muy débil* á las órdenes clandestinas de jefes de zona, también clandestinos, que estuvieran muy bien escondidos y que guardaran el mayor secreto de que la salida de Juárez del país era temporal y sólo duraría mientras los franceses estuvieran en México.

He aquí los preparativos de la campaña formulados por el Sr. Bulnes y que según éste tuvo el deber de seguir el Sr. Juárez.

¿No es todo esto perfectamente caricato, si no es profundamente odioso?

Odioso es suponer siquiera que el Sr. Juárez, siempre esclavo del deber, podía desertar de su puesto á la hora del pe-

ligro, abandonar al pueblo que lo elevó á la Presidencia dejándolo entregado al invasor y á los traidores, para ir á recoger dinero á las aduanas fronterizas y fugarse después á los Estados Unidos llevándose los fondos, y con éstos, lo que era más grave aún, las esperanzas de la Nación.

El Sr. Bulnes no sabe lo que dice; no comprende que al salir el Sr. Juárez del territorio perdía su alto carácter de Presidente, dejaba de existir el gobierno legítimo, faltaba la bandera en torno de la cual se luchaba por la independencia, y se entregaba esa bandera á Maximiliano y con ella la legitimidad del poder.

La presencia del Sr. Juárez en el país, la firmeza inquebrantable del Sr. Juárez que tanto repugna á Bulnes, y la persistencia de un gobierno republicano á pesar de los triunfos de los franceses, de la elevación de Maximiliano y del reconocimiento de éste por los gobiernos europeos, fué la preocupación constante de Napoleón III, de Maximiliano y de los jefes del ejército invasor.

Si Juárez hubiera cometido la cobardía que aconseja Bulnes, hubiera cesado la oposición que hacían al imperio de Maximiliano y á la intervención francesa, en Francia la opinión pública y algunos brillantes oradores en el Cuerpo legislativo, y en los Estados Unidos el pueblo americano, el Senado y el Congreso.

Faltando Juárez del país faltaba el gobierno republicano de México: ¿á quién apoyaban entonces los Estados Unidos? Hubieran reconocido á Maximiliano y entonces era imposible la restauración de la República, aunque la emprendiera Bulnes poniendo en ejecución alguno de sus admirables proyectos militares.

Sr. Bulnes reasumamos lo anterior.

La fuga temporal del Sr. Juárez era el triunfo de la intervención; podía haber caído Maximiliano pero hubiera heredado el poder alguno de los jefes imperialistas, Santa-Anna, Miramón ó el asesino Márquez que era el favorito del clero: el partido liberal nunca se habría suicidado.

Sr. Bulnes, la inquebrantable firmeza de Juárez quizá hizo que se prolongara la permanencia del ejército francés en México; pero esa larga permanencia fué el castigo de la Fran-

cia imperial, porque le costó mucho oro y mucha sangre de sus hijos.

La presencia constante de Juárez en la Frontera del Norte hizo imposible la consolidación del trono de Maximiliano.

Y esto lo sabe el Sr. Bulnes, porque al escribir su libro tuvo delante los tres libros de Gaultot y vió en algunos de ellos varias notas oficiales en las que tanto el Gobierno francés, como el de Maximiliano, urgían á Bazaine para que ocupara á Chihuahua é hiciera salir del país al Sr. Juárez y al personal de su Gobierno.

No quiero cansar al lector insertando esas comunicaciones, y sólo reproduciré parte de una dirigida el 28 de Mayo de 1866 por Maximiliano al Mariscal Bazaine, nota que se encuentra en las páginas 67 y 68 del "*Fin d'Empire*" de Gaultot, y en la que se lee lo siguiente:

/ " Mi querido Mariscal:

" Las noticias que recibo del exterior y del interior me demuestran la imperiosa necesidad de arrojar á Juárez de Chihuahua y de ocupar esta ciudad definitivamente para quitar á los Estados Unidos el *único pretexto plausible* para acreditar cerca de él (de Juárez) un embajador, y la ocasión de presentar cada día nuevas exigencias.

" Es evidente que tanto importa á los intereses de nuestro glorioso soberano y augusto aliado mío el Emperador Napoleón, como á los míos, poner un término á las pretensiones del Gabinete de Washington arrojando á Juárez de su *última capital*; en eso también se interesa nuestro honor.

" Lo repito, las noticias del exterior que acabo de recibir hacen resaltar la urgencia de esta medida, y, como jefe de mi ejército *tendreis la bondad de disponer inmediatamente su ejecución.* "

Bazaine ninguna importancia dió á esa pretensión de Maximiliano, lo que Gaultot justifica, diciendo:

" ¿Cómo se imaginaba él (Maximiliano) que era posible al ejército francés volver á intentar una expedición al extremo Norte, cuando estaba á punto de replegarse hacia el Sur para reembarcarse?

" ¿Tenía semejante tentativa alguna probabilidad de surtir, cuando en 1864 la marcha fulminante del Gral. Bazaine

" á nada había conducido, y cuando, en fin, la ocupación de Chihuahua por el Gral. Brincourt, en 1865, no había podido durar? "

Me queda un último argumento con que combatir el desatinado proyecto de Bulnes.

Si ese proyecto se hubiera presentado al Sr. Juárez al saberse en México la pérdida de Puebla, y el Sr. Juárez hubiera sido un Presidente tan espantadizo y menguado como Santa-Anna, Miramón y otros que, al ser derrotados, huyeron al extranjero, ¿sabe el Sr. Bulnes lo que hubiera sucedido? Pues hubiera sucedido lo que voy á decir.

Maximiliano, que vaciló para venir á México al enterarse de que no había sucumbido el gobierno republicano, luego que hubiera recibido la noticia de la fuga del Sr. Juárez, acepta la corona, emprende el viaje, llega á la Capital y empuña las riendas del poder.

Y como quedaban esas guerrillas pacíficas y caballerosas de que habla Bulnes en su graciosísimo proyecto, Maximiliano, para acabar con todo género de resistencia, el decreto que dió el 3 de Octubre de 1865, lo expide el 3 de Octubre de 1863.

Y en esos dos años más en que debió regir ese horrible decreto, gracias á Bulnes, se hubiera derramado mucha sangre mexicana.

Tan grave inconveniente no lo pulsó el Sr. Bulnes al formular su divertido proyecto, porque el Sr. Bulnes no sabe cuál fué el pretexto con que se promulgó dicho decreto.

Voy á decírselo.

El conde de Keratry dice en su "*Elevación y Caída de Maximiliano*:"

" La satisfacción fué grande en Palacio desde que llegó la noticia á México de que Juárez había atravesado la frontera en Paso del Norte. Entonces el ejército franco-mexicano no ocupaba todas las posiciones fuertes. La desaparición del jefe republicano hacía esperar que disminuirían las hostilidades del partido liberal, casi destruido y privado de dirección. Maximiliano, que se creía de buena fe el elegido de un pueblo cansado de convulsiones y de desórdenes..... se persuadió fácilmente de que los juaristas estaban derrotados y que, honrando al partido vencido, iba á dar un gol-

"pe decisivo á la resistencia que sólo harían las gavillas de bandidos; entonces anunció á su Consejo el proyecto de ofrecer á Juárez la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y su deseo sincero de atraer en torno suyo á todas las ilustraciones del país.

" Como medio de iniciar las negociaciones, redactó el decreto de 3 de Octubre. "

Este párrafo de la obra de Keratry demuestra que la resistencia y la salvación de la República radicaban esencialmente en la presencia del Sr. Juárez y que, en política, Maximiliano era tan lince como el Sr. Bulnes.

Porque tanto chiste tiene el proyecto de Maximiliano de ofrecer la Presidencia de la Corte al Sr. Juárez, como el proyecto del Sr. Bulnes de que el Sr. Juárez corriera á recaudar los ingresos aduanales de Piedras Negras y después se situara al otro lado del río á vigilar, como buen gendarme fiscal, que no entrara contrabando por la aduana de Piedras Negras.

Afortunadamente para la defensa nacional, el Sr. Juárez no pasó el Bravo y seguía en territorio mexicano.

La noticia de su desertión no fué oficial y si fué falsa.

Si esa fuga hubiera sido cierta, no por eso surte el proyecto-Bulnes sobre que el país aparecía pacificado.

El Sr. Bulnes olvida que había un General González Ortega que se creía Presidente de la Corte de Justicia y que ambicionaba frenéticamente la Presidencia de la República.

Ido Juárez, González Ortega, como sucesor constitucional del Presidente, aparece con los soldados que había reclutado ya, toma el puesto abandonado por Juárez y continúa esa tenaz resistencia que es la negra pesadilla del Sr. Bulnes.

Convénzase este Señor de que el viaje del Sr. Juárez era un disparate que sólo puede concebir Bulnes.

Veamos ahora las otras partes del proyecto que, más que odiosas, son risibles.

Tiene el Sr. Bulnes una alucinación maravillosa, la de creer que, rigiendo la Constitución, el Sr. Juárez tenía bajo

su mando á los Gobernadores de los Estados, como si fuesen sus lacayos ó sus periodistas subvencionados.

Y partiendo de una base tan falsa, dice Bulnes que el Sr. Juárez debió ordenar á dichos funcionarios que después de reunir cuanto dinero fuera posible y de esconder en las sierras y bosques todas las armas, se fuesen á los Estados Unidos, situasen allí los fondos que llevaban y esperasen órdenes.

Espléndido obsequio hacía entonces el Sr. Juárez á los imperialistas, dándoles las armas de que carecían, porque casualmente los bosques y las sierras estaban en poder de los traidores que las conocían palmo á palmo, y pronto hubieran descubierto y capturado el armamento escondido, si no es que se hacen de él cuando lo llevarán á esconder los Gobernadores.

El Sr. Bulnes había olvidado, cuando redactaba su nuevo plan de defensa nacional, que la Sierra de Querétaro, en toda su extensión, era de Mejía; que Butrón dominaba en toda la serranía que cerca al Distrito Federal; que Tanori ocupaba la de Sonora, Tovar la de Mascota y Lozada la de Alica.

Pero en fin, ese olvido del Sr. Bulnes no fué tan grave como el que tuvo después, no volviéndose á acordar de los Gobernadores, dejándolos abandonados y sin recursos en los Estados Unidos, y sin decir el Sr. Bulnes á Juárez qué órdenes había de dárles, ni cuándo se abría la campaña de reconquista.

Y sigue otro olvido más fenomenal del Sr. Bulnes, expresar qué hacía el Sr. Juárez con su media docena de Generales que dejó Bulnes también en los Estados Unidos estudiando la guerra separatista.

Mas debe confesar el Sr. Bulnes que esa idea de hacer que nuestros Generales aprendiesen el arte militar práctico en el ejército norte-americano, no es suya, se la plagió á Maximiliano.

Porque así como Maximiliano mandó á Miramón á Prusia á estudiar la artillería, así dice Bulnes que el Sr. Juárez debió enviar á los Generales republicanos á los Estados Unidos para que vieran cómo debe batirse un buen jefe de ejército.

El Sr. Bulnes es un gran táctico, un profundo conocedor.

del arte de la guerra y es, por lo mismo, muy exigente y re-prueba en lo absoluto el modo como se batían y dirigían una batalla nuestros pobres Generales Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Ramón Corona, José María Arteaga, Carlos Salazar, Antonio Rosales y Sóstenes Rocha.

Ya ve el Sr. Bulnes: le doy uno más de la media docena de Generales que creía indispensable que se educaran en el arte que profesaban tan mal.

Para los mexicanos, Sr. Bulnes, eran de altísimo valer militar Arteaga, que con dos batallones y media batería de-tuvo en las cumbres de Acultzingo, durante seis horas, al ejército de Lorencez, mientras se retiraba hasta San Agustín del Palmar la división de Zaragoza.

Para los mexicanos, Sr. Bulnes, es el más glorioso de sus Generales Porfirio Díaz, que en los llanos de la Ladrillera, al frente de un batallón, barrió á las columnas francesas que iban ya á ocupar á Puebla.

Y nada tenían que aprender de los Generales norte-americanos Salazar defendiendo el fortín de Guadalupe el 5 de Mayo; ni Escobedo que obligó á Bazaine á retirar sus guarniciones hasta San Luis, abandonando Coahuila y Nuevo León; ni Ramón Corona, batiendo día á día, en una lucha sin cuartel á los franceses durante dos años, desde el 13 de Noviembre de 1864 hasta el 13 de Noviembre de 1866, obligándolos á escaparse vergonzosamente de Mazatlán, violando un armisticio que se les concedió para capitular.

El Sr. Bulnes sólo quiso insultar á los heroicos héroes de nuestra segunda guerra de independencia; quizá no perdona al Sr. Juárez y á esos ilustres caudillos que hayan echado del país á su ídolo Napoleón III.

Porque el Sr. Don Francisco Bulnes, en su culto político, sólo adora dos ídolos: á Don Francisco Bulnes á y Napoleón III.

Y también, para saciar ese odio, deja Bulnes olvidados á los seis Generales en los Estados Unidos, sin dignarse decir cómo debió emplearlos el Sr. Juárez cuando se abriera la campaña.

Deja Bulnes también allá á los pobres oficiales republicanos que enganchó de soldados en el ejército unionista norte-americano.

Pero eso no importa; ¡deben haber quedado tan pocos de esos infelices oficiales! La guerra civil de los Estados Unidos era sangrientísima, murieron en ella miles y miles de hombres, y esa suerte debió tocar á los reclutas mexicanos.

Y ese enganche infame pudo ocurrir á Bulnes, pero nunca al gran patriota Juárez que no creía tener derecho para hacer que se vertiera sangre mexicana en suelo extranjero.

Esa sangre se vertió en suelo mexicano, donde debió ver-tirse; pero Bulnes, en su rastro positivista no tiene empacho en vender al Gobierno de Washington carne mexicana.

Después de tanta monstruosidad, termina Bulnes su plan de guerra preparatoria con otra operación militar que mere-cía ponerse en música de Offenbach.

Para no fatigar la memoria de mis lectores voy á repetir lo que dice Bulnes:

«... debió partir (Juárez) para los Estados Unidos de-
«do organizada una resistencia lo más débil posible, pero
«constante por medio de guerrillas mandadas, no por bandi-
«dos, sino por jefes resueltos.....»

¡Admirable es el Sr. Bulnes en sus delirios militares!

Y sólo en ese cerebro, ya sin fósforo y sin materia gris, se pueden urdir tantos desatinos.

Resistencia muy débil pero constante, dice Bulnes; pero si una resistencia es constante, ya no es débil, y si es débil no puede ser constante, porque el enemigo muy pronto acabará con ella.

Tal vez el Sr. Bulnes, tan conocedor en defensas de plazas fuertes como en el modo de hacer la guerra de montaña, dirá que las guerrillas que debió dejar organizadas Juárez no debían batirse, sino fatigar al enemigo con alarmas falsas y largas correrías.

Aquí entra muy bien la música de una vieja y preciosa zarzuela llamada *Los Brigantes*:

El teatro representa un paisaje montañoso; á derecha é izquierda rocas de varios tamaños, en el centro el camino real y veredas.

Salen los bandidos, que no son bandidos como quiere el Sr. Bulnes, sino simples coristas; tampoco los manda un bandido, sino un caballero particular, según orden del Sr. Bulnes.

Entonan su coro los bandidos... lo suspenden y corren

á esconderse detrás de las rocas, porque ya se oyen las botas . . . las botas de los carabineros.

He aquí la forma en que las honradas y virtuosas guerrillas inventadas por el Sr. Bulnes debían hacer una resistencia débil, pero constante, escondiéndose al oír las botas de los soldados franceses.

Lo que propone el Sr. Bulnes, cuando no es factible es caricaturesco.

Como este escritor olvidó en su papelera el proyecto de la segunda parte de la campaña, no sabemos lo que debió hacer el Sr. Juárez para comenzarla, qué papel desempeñarían en ella los Gobernadores llamados de los Estados Unidos, ni donde encontrarían armas y soldados la media docena de Generales, alumnos muy aprovechados de los Generales norteamericanos.

Sólo sabemos, porque nos lo dice Bulnes, que el Sr. Juárez debió comenzar la guerra de reconquista « desde que la « reducción del ejército francés hubiera sido poco más ó me- « nos á la mitad.»

Pues entonces fallaba el plan del Sr. Bulnes, porque así no se hubiera evitado que se fueran los franceses; y voy á probarlo con una opinión del mismo Sr. Bulnes.

Este Señor supone en su proyecto que educada la media docena de Generales mexicanos en el ejército de los Estados Unidos y fogueados en éste los oficiales republicanos, al abrirse con estos elementos la nueva campaña quedaría derrotada la mitad del ejército francés que permanecía aún en México y triunfaba la República

Rara es esta afirmación del Sr. Bulnes, cuando antes había asegurado que cualquiera derrota que sufrieran los franceses no haría más que prolongar la guerra y hacer, por lo mismo, que continuara en México el ejército de la intervención.

En la página 272 de su libro Bulnes dice:

« Además, supongamos que hubiera sido posible organi-
« zar 100,000 hombres hasta hacerlos soldados medianos y
« que estos hubieran derrotado al cuerpo expedicionario fran-
« cés. Ni Napoleón III ni Francia se hubieran quedado con la
« derrota y en este caso habría mandado Napoleón 100, 200 ó
« 300,000 franceses. Una vez comprometido el honor de la Na-
« ción francesa con un golpe militar de gran desprestigio dado

« por los mexicanos, no hubiera habido un sólo francés que
« no hubiera obligado á su gobierno á continuar la guerra.
« Francia poseía de sobra recursos suficientes para sostener-
« la y vencernos, cualesquiera que hubiesen sido los esfuerzos
« mexicanos para dejarla vencida y militarmente humillada.

« En suma, era imposible vencer á Francia militarmente,
« en grandes batallas campales. »

Con esto que dice Bulnes queda probado que el plan de Bulnes, que según éste debió seguir el Sr. Juárez, es un solemne disparate.

Y los hechos probaron además que hasta en el *período agónico* en el que vamos á entrar, los mexicanos derrotaron á los franceses en Parras, en San Pedro, en Mazatlán y en otros muchos lugares sin que mandara Napoleón III 300,000 hombres; haciendo, por el contrario, retirar al centro del país las columnas expedicionarias.

Los hechos probaron también que con la resistencia organizada por el Sr. Juárez surgieron los incidentes que motivaron la retirada del ejército francés y se derrumbó en tres meses el imperio.

« México se ha salvado por un principio y por un hom-
« bre: el principio fué la República y el hombre Juárez.»

Esto dijo Victor Hugo que para mí y para el mundo entero vale más que Bulnes.

CAPITULO II

EL PERIODO AGONICO

Me permito dar á este capítulo el mismo título que el Sr. Bulnes da al suyo que voy á refutar, porque me he propuesto seguir á este autor, hasta donde me sea posible, por la senda escabrosa que recorre, para ir señalando sus falsas acusaciones contra el Sr. Juárez que va regando en su marcha y sus incesantes apreciaciones, falsificando ó mutilando la historia.

Comienza su capítulo el Sr. Bulnes insistiendo en la bon-